

sirven los anteojos. Sería como poner un cristal al infierno.

El desconocido prosiguió, siempre sonriéndose:

—No me atrevo á desmentir al señor barón. En todo caso, debéis conocer que estoy al cabo de la calle. Ahora lo que tengo que revelaros sólo yo lo sé, é importa á la señora baronesa. Es un secreto extraordinario, que vale dinero. A vos os lo ofrezco antes que á nadie, y barato. Veinte mil francos.

—Sé ese secreto como sé los demás,—dijo Mario.

El personaje sintió la necesidad de rebajar algo.

—Señor barón, dadme diez mil francos, y hablo.

—Os repito que no tenéis que tomaros ese trabajo. Sé lo que queréis decirme.

Los ojos de aquel hombre chispearon de nuevo; luego exclamó:

—Con todo, fuerza es que yo coma hoy. Insisto en que el secreto vale la pena. Señor barón, voy á hablar. Dadme veinte francos.

Mario le miró fijamente.

—Conozco vuestro secreto extraordinario, lo mismo que sabía el nombre de Juan Valjean y que sé vuestro nombre.

—¿Mi nombre?

—Sí.

—No es difícil, señor barón, pues he tenido el honor de escribiroslo y deciroslo. Thenar...

—Dier.

—¿Cómo?

—Thenardier.

—¿Quién os ha...?

En el peligro, el puerco espín se eriza, el escarabajo se finge muerto, la guardia veterana forma el cuadro; nuestro hombre se echó á reir. Después sacudió de un papirotazo un poco de polvo que había en la manga de su levita.

Mario continuó:

—Sois también el obrero Jondrette, el comediante Fabantou, el poeta Genflot, el español Alvarez y la tía Balizard.

—¿La tía qué?

—Y habéis tenido un figón en Montfermeil.

—¡Un figón! Jamás.

—Y os digo que sois Thenardier.

—Lo niego.

—Y que sois un miserable. Tomad.

Mario sacó del bolsillo un billete de Banco y se lo arrojó á la cara.

—¡Gracias! ¡Perdón! ¡Quinientos francos! ¡Señor barón!

Y aquel hombre, atónito, saludando y cogiendo el billete, le examinó.

—¡Quinientos francos!—repitió absorto.

Luego exclamó con un movimiento repentino:

—Pues bien, sea. Afuera disfraces.

Y con la prontitud de un mono, echándose hacia atrás los cabellos, arrancándose los anteojos, sacando de la nariz y escamoteando los dos cañones de pluma, nombrados hace poco, y que se han visto figurar en otra página de este libro, se quitó el rostro como se quitaría cualquiera el sombrero.

Sus ojos se inflamaron; la frente desigual, agrietada, con protuberancias en varios sitios, horriblemente arrugada en la parte superior, se manifestó por entero; la nariz volvió á ser aguda como un pico; reapareció el perfil feroz y sagaz del hombre de rapiña.

—El señor barón es infalible,—dijo con voz clara y sin ganguear,—soy Thenardier.

Y enderezó la espina dorsal.

Thenardier, porque era él, se había quedado sorprendido y hasta se hubiera turbado, á ser capaz de

ello. Quiso causar asombro y era él quien debía asombrarse. Valiale esta humillación quinientos francos, y, en último caso, la aceptaba; pero no por eso estaba menos aturdido.

Ver por primera vez al barón Pontmercy y, á pesar de su disfraz, este barón le había conocido, y conocido á fondo. Para mayor sorpresa suya, no sólo estaba el barón Pontmercy al cabo de su historia, sino de la de Juan Valjean. ¿Quién era, pues, aquel joven casi imberbe, tan glacial y tan generoso, que sabía los nombres de las personas, que sabía todos sus nombres, que les abría su bolsillo, que trataba á los bribones como un juez y les daba dinero como una víctima?

Se recordará que Thenardier, aunque en otro tiempo vecino de Mario, no le había visto nunca, lo cual es muy frecuente en París. Había oído hablar á sus hijas vagamente de un joven muy pobre, llamado Mario, que vivía en la casa; y le había escrito, sin conocerle, la carta que sabe el lector. Ninguna relación podía existir para él, entre el Mario de aquella época y el señor barón Pontmercy.

Por lo demás, su hija Azelma, á quien encargó que buscara la pista de los novios del 16 de febrero, y sus propias investigaciones, le aclararon muchas cosas, y desde el fondo de las tinieblas que le envolvían, había logrado coger más de un misterioso hilo. A fuerza de industria consiguió descubrir, ó por lo menos á fuerza de inducciones, adivinar quién era el hombre que había encontrado cierto día en la alcantarilla grande. Del hombre le costó poco llegar al nombre. Sabía que la señora baronesa Pontmercy era Cosette; pero, en esta parte, se proponía obrar con toda discreción. Tampoco le quedaba otro recurso, siendo así que ignoraba el verdadero origen de la joven. Entreveía, es cierto, algún nacimiento bastardo,

pues la historia de Fantina le había parecido siempre llena de ambigüedades; pero ¿qué sacaría con hablar? ¿Que le pagasen caro su silencio? Poseía, ó creía poseer, un secreto de mucho más valor; y, según las apariencias, eso de descolgarse con decir al barón Pontmercy, sin el apoyo de ninguna prueba: *Vuestra esposa es hija bastarda*, no produciría otro resultado que el atraerse la cólera del marido, expresada en puntapiés sobre sus caderas.

En la mente de Thenardier, la conversación con Mario no había empezado todavía. Se vió obligado á retroceder, á modificar su estrategia, á abandonar una posición y cambiar de frente; pero nada esencial se hallaba aún comprometido, y tenía ya quinientos francos en el bolsillo. Quedábanle por revelar cosas decisivas, y se sentía fuerte hasta contra aquel barón Pontmercy, tan resignado y que esgrimía tan buenas armas.

Para los hombres de la índole de Thenardier todo diálogo es un duelo. ¿Cuál era su situación en el que iba á empeñarse? No sabía á quien hablaba; pero sí de lo que hablaba. Pasó rápidamente esta revista interior de sus fuerzas, y después de haber dicho «soy Thenardier», aguardó.

Mario se repuso. Al cabo tenía delante á Thenardier, al hombre que tanto había deseado encontrar, y podía cumplir el encargo del coronel Pontmercy. Humillábale que este héroe debiera algo á aquel bandido, y que la letra de cambio girada desde el fondo de la tumba de su padre contra él, estuviese aún en descubierto. Parecíale también, en la situación compleja de su espíritu respecto de Thenardier, que se le presentaba la ocasión de vengar al coronel de la desgracia de haber sido salvado por un individuo tan vil y tan perverso. De todos modos, sentíase contento, pues iba al fin á liberrar la sombra del coronel de aquel

acreedor indigno, lo cual se le figuraba equivalente á sacar la memoria de su padre de la prisión por deudas.

A este deber agregábase otro; el de averiguar, si era factible, el origen de la fortuna de Cosette. La ocasión parecía venirle á las manos. Tal vez fuese útil sondear el interior de este hombre. Por aquí empezó.

Thenardier, después de guardarse el billete de Banco, miraba á Mario con aire bondadoso y casi tierno.

Mario rompió el silencio.

—Thenardier, os he dicho vuestro nombre. Ahora, ¿queréis que os diga el secreto que pretendíais descubrirme? También he reunido yo datos, y os convenceréis de que sé más que vos. Juan Valjean, como dijisteis, es asesino y ladrón. Ladrón, porque robó á un rico fabricante, siendo causa de su ruina: el señor Magdalena. Asesino, porque dió muerte al agente de policía Javert.

—No comprendo, señor barón,—dijo Thenardier.

—Vais á comprenderme. Escuchad. Vivía en un distrito del Paso de Calais, por los años de 1822, un hombre que había tenido no sé qué antiguo choque con la justicia, y que, bajo el nombre del señor Magdalena, se había corregido y rehabilitado. Este hombre era, en toda la fuerza de la expresión, un justo. Con una industria, la fábrica de abalorios negros, labró la fortuna de toda la ciudad. Por su parte, aunque secundariamente y en cierto modo, por acaso, reunió también una riqueza considerable. Era el padre de los pobres. Fundaba hospitales, abría escuelas, visitaba á los enfermos, dotaba á las jóvenes, sostenía á las viudas, adoptaba á los huérfanos: era como el tutor del país. Se negó á admitir la cruz, y

le nombraron alcalde. Un presidiario cumplido sabía el secreto de una pena en que había incurrido en otro tiempo aquel hombre; le denunció, fué causa de que le prendiesen, y aprovechándose de su prisión para venir á París, logró que el banquero Laffitte (lo sé de boca del mismo cajero) le entregase, en virtud de una firma falsa, una suma de más de medio millón perteneciente al señor Magdalena. El presidiario que robó al señor Magdalena, es Juan Valjean. En cuanto al otro hecho, nada necesitáis tampoco decirme. Juan Valjean mató al agente Javert de un pistoletazo. Yo, que os hablo, estaba allí.

Thenardier miró á Mario con el ademán soberano de la persona derrotada que se repone y vuelve á ganar en un minuto el terreno perdido.

Pero no tardó en sonreirse nuevamente.

El inferior delante del superior, debe saber disimular su triunfo; y Thenardier se limitó á decir á Mario:

—Señor barón, equivocamos el camino.

Y subrayó esta frase, haciendo girar de una manera expresiva las baratijas que le salían del chaleco.

—¿Cómo?—replicó Mario:—¿negáis esto? Son hechos.

—Son quimeras. La confianza con que me honra el señor barón me impone el deber de decírselo. Ante todo, la verdad y la justicia. No me gusta ver acusar á nadie injustamente. Señor barón, Juan Valjean no ha robado al señor Magdalena, ni ha matado á Javert.

—¡Ahí es nada! ¿En qué fundáis vuestro aserto?

—En dos razones.

—¿Cuáles? Hablad.

—Primera: no ha robado al señor Magdalena, porque el señor Magdalena y Juan Valjean son uno mismo.

—¡Qué me contáis!

—Segunda: No ha asesinado á Javert, porque Javert, y no Juan Valjean, es el autor de su muerte.

—¿Qué queréis decir?

—Javert se suicidó.

—¡Probadlo, probadlo!—gritó Mario fuera de sí.

Thenardier repuso, midiendo sus palabras como si se tratase de un alejandrino antiguo:

—Al agente de policía Javert se le encontró ahogado debajo de una barca del Pont-au-Change.

—Pero ¡probadlo!

Thenardier sacó del bolsillo de pecho una ancha cubierta de papel oscuro, que parecía contener pliegos doblados de diferentes tamaños.

—Tengo mi legajo,—dijo con calma.

Y añadió:

—Señor barón, por interés vuestro he querido conocer á fondo á Juan Valjean. Repito que Juan Valjean y el señor Magdalena son uno mismo, y que Javert ha muerto á manos de Javert; cuando así me expreso, es porque me sobran pruebas. No pruebas manuscritas, que pudieran ser sospechosas, sino pruebas impresas.

Mientras hablaba, extraía Thenardier de su legajo dos números de periódicos amarillos, estrujados y oliendo á tabaco. Uno de los números, roto por los dobleces y casi deshaciéndose, parecía mucho más antiguo que el otro.

—Dos hechos, dos pruebas,—dijo Thenardier. Y alargó á Mario los dos periódicos.

El lector los conoce. Uno, el más antiguo, era un número de la *Bandera Blanca* del 25 de julio de 1823, cuyo texto ha podido verse en la página 105 del tomo tercero de esta obra, y probaba la identidad del señor Magdalena y de Juan Valjean. El otro era un *Monitor* del 15 de junio de 1832, donde se refería el suicidio de Javert, añadiéndose que resultaba de un

informe verbal del agente al prefecto, que hecho prisionero en la barricada de la calle de la Chanvrerie, había debido su vida á la magnanimidad de un insurrecto, el cual, teniéndole al alcance de su pistola, en lugar de levantarle la tapa de los sesos, había disparado al aire.

Mario leyó. No cabía duda; la fecha era cierta, la prueba irrefragable; aquellos dos periódicos no se habían impreso expresamente para apoyar los asertos de Thenardier. La nota del *Monitor* había sido comunicada oficialmente por la prefectura de policía.

Mario no podía dudar. Las noticias del dependiente de Laffite eran falsas, y él, él mismo se había equivocado. Juan Valjean, engrandeciéndose repentinamente, salía de la nube. Mario no pudo contener un grito de alegría:

—¡Entonces ese desgraciado es un hombre admirable! ¡Entonces ese caudal era verdaderamente suyo! ¡Es Magdalena, la providencia de todo un país! ¡Es Juan Valjean, el salvador de Javert! ¡Un héroe! ¡Un santo!

—Ni un santo, ni un héroe,—dijo Thenardier.— Es un asesino y un ladrón.

Y añadió con el tono del que empieza á sentir que vale:

—Tranquilicémonos.

Ladrón, asesino: estas palabras, que Mario creía habían desaparecido, y que entraban de nuevo en escena, cayeron sobre él como un témpano de hielo.

—¿Todavía?—preguntó.

—Siempre,—contestó Thenardier.—Juan Valjean no ha robado al señor Magdalena, pero es un ladrón; no ha matado á Javert, pero es un asesino.

—¿Queréis hablar,—repuso Mario,—de ese miserable robo de hace cuarenta años, expiado, como resulta de vuestros mismos periódicos, por toda una

vida de arrepentimiento, de abnegación y de virtud?

—Digo asesinato y robo, señor barón. Repito que hablo de hechos actuales. Lo que os voy á revelar es absolutamente desconocido. Es inédito. Quizá descubráis en ello el origen del caudal hábilmente ofrecido por Juan Valjean á la señora baronesa. Digo hábilmente, porque no prueba torpeza de su parte eso de introducirse, mediante tal donativo, en una familia honrada, participando de sus comodidades, y al propio tiempo ocultar su crimen, disfrutar de lo robado, hacer desaparecer su nombre.

—Pudiera interrumpiros aquí,—observó Mario;—pero continuad.

—Señor barón, voy á decirlo todo; dejo la recompensa á vuestra generosidad. El secreto vale oro macizo. Me preguntaréis: ¿por qué no te has dirigido á Juan Valjean? Por una razón muy sencilla. Sé que se ha desapropiado en vuestro favor, y la combinación me parece ingeniosa; pero así y todo, no tiene un cuarto; de suerte que me enseñaría las manos vacías; y como necesito algún dinero para emprender mi viaje á Joya, os he preferido, pues sois rico, á él que nada tiene ya. Estoy algo fatigado; permitidme tomar una silla.

Mario se sentó y le indicó que se sentase.

Thenardier lo hizo en un muelle sillón con satisfecho aire, cogió sus dos periódicos, los puso dentro de la cubierta, y dijo refiriéndose á la *Bandera Blanca*:

—Trabajo me ha costado hallar éste.

Luego cruzó las piernas y se respaldó; actitud propia de las personas seguras de lo que van á decir; entrando en materia del modo siguiente, con voz grave y acentuada:

—Señor barón: el 6 de junio de 1832, hace cosa de un año, el día del motín, estaba un hombre en la